

André Gide o la utopía del yo

Blas Matamoro

«Me gustan el juego, lo desconocido, la aventura: me gusta estar donde no se cree que estoy; también para estar donde me place y que me dejen tranquilo.»

André Gide: *Si le grain ne meurt*, I, IX

1

A menudo, Gide trabajaba en el escritorio que había sido de su maternal amiga Anna Shackleton. Frente a él, un doble espejo. Escribía y se miraba escribir, quizá para controlar si era siempre el mismo o si el trabajo lo iba alterando. De tal modo, se construía una triple identidad, movediza, alternativa, en ocasiones conjuntada: el que escribe, el que lo mira y la escritura. Dos espejos de cristal y uno de papel con creciente cantidad de signos inscritos. Objetos peligrosos, en cualquier caso. «Si nos miramos vivir demasiado, dejamos de vivir» (*Journal*, 29 de agosto de 1938).

¿Se gustaban los tres? Tempranamente descubre este problema, que lo tendrá en vilo durante toda la vida, articulándose en ese sistema desperdigado y paciente novela del yo que es el *Journal*. En él anota el 3 de junio de 1893: «Mi perpetua pregunta (y mi enfermiza obsesión): ¿soy digno de amor?» En verdad, la interrogación francesa es más rica: *Suis-je aimable?* Connota más que en español: ¿soy amable, gusto a los demás y a mí mismo, merezco el amor propio y ajeno? En francés, cuando se ama, se gusta, se place. No ocurre exactamente lo mismo en castellano, donde el amor es más estricto y a menudo nada placentero.

En cualquier caso ¿a quién se refiere el solitario redactor de los diarios gideanos cuando dice *yo*? Ante todo, a una entidad moral. Ser sí mismo, para Gide, siempre fue una suerte de osadía, pero no por imitación ni por contradicción ni por coquetería de ser osado, sino como deber ser, como si ese sí mismo pudiera ser algo puro e indeterminado. De ahí nace su conflictivo alejamiento/ acercamiento a la historia, mundo de la impureza y la necesidad.

En este despliegue procesal del yo, aparece el modelo, no siempre aceptado pero sí preocupante: Montaigne, el fundador de la literatura francesa del yo. Un yo que, a la vez, coincide y difiere de sí mismo. Sólo un genio o un mediocre coinciden plenamente consigo mismos. De otra forma, siempre entre un yo y el otro (entre *je* y *moi*) hay una distancia. Como yo definitivo es inasible y su persecución conduce al inalcanzable país de Utopía. Se trata de una empresa común a ciertos escritores coetáneos: la desarticulación intelectual del yo en Valéry, los extravíos del yo por los laberintos del tiempo y la memoria en Proust.

Por el contrario, otros colegas resuelven la identidad del yo gracias a un elemento compacto y fundamental: la raza en Barrès, la Iglesia católica en Claudel. Más bien, Gide permite pensar en Pessoa, que habita el lugar de los heterónimos, como si el yo fuera una población, una sociedad. Y, consecuentemente, el rechazo por las personalidades construidas, que siempre son lo que deben ser: D'Annunzio, Barrès, Desjardins.

Gide, en la opción contraria, siempre se considerará francés, pero entendiendo a Francia como un país mestizo, cuyos elementos latinos no son los predominantes, sino apenas los más elocuentes (la elocuencia será una bestia negra gideana). El, por el contrario, siempre fue un lector políglota y hasta, por medio de la traducción, un escritor políglota. Leía constantemente en varios idiomas y se aplicó en traducir a Shakespeare, Conrad, Goethe y a tantos otros.

Por consiguiente, el yo no es algo que se tiene, sino algo que está siempre por llegar. «Vivo en la espera del yo» (*Journal*, 1912). Más aún: la obra misma está siempre por llegar, lo escrito es siempre algo prehistórico a ella, que se convierte en otro espacio utópico. «En ocasiones me parece que hasta ahora no he escrito nada serio, que sólo he presentado irónicamente mi pensamiento y que si hoy desapareciese, apenas dejaría de mí mismo una imagen que ni siquiera reconocería mi propio ángel» (*Journal*, 26 de junio de 1913).

El yo no sigue caminos rectos, seguros de alcanzar un fin, el fin. Tampoco posee una unidad de ser ni la clave del mundo como enigma. Simplemente (o no tanto) se abandona, avanza sin saber adónde va, sostenido por la confianza del aventurero: encontrarse a sí mismo en ese modesto «adelante» por el cual se adentra. El resultado, para el conocimiento, es no saber nunca quién soy yo, porque no soy un ser, valga la paradoja, sino un devenir.

Tal dialéctica exige, irrenunciablemente, el reconocimiento del otro. Primero, como la otredad irreductible que hay dentro de cada quien (lo judío en lo francés, en el ejemplo gideano). Luego, en la alternativa que para la

identidad representa el otro exterior: «El mejor medio para aprender a conocerse es tratar de comprender a otro» (*Journal*, 10 de febrero de 1922).

En otro sentido, exige salvar a ese yo que no acaba de perfeccionarse porque su naturaleza es, por definición, imperfecta y, volviendo a lo anterior, por eso exige ser salvada. Lo perfecto no necesita tales cosas.

En general, la salvación es, para Gide, la paradójica facultad de renunciar al yo como suprema afirmación individual. Luego, en los tiempos finales de los diarios, una suerte de egotismo negativo: declarar su desinterés por la vida, ocuparse de sí mismo olvidándose de sí mismo, reducir la lectura a una distracción que ya no es instructiva, ni siquiera divertida.

Salvarse es, en cierto sentido, la empresa por excelencia de un cristiano. Como «incrédulo piadoso», Gide fue siempre, de aquella manera, fiel a Cristo, deseoso de que nunca le faltara Dios y, para ello, prescindente de él, sobre todo en el acto por excelencia de su invocación, la plegaria.

A diferencia de Cristo, el héroe por antonomasia, el cristiano quiere salvarse pero no manifestarse, por lo cual su salvación es íntima mas no histórica, al revés que en Cristo. Y no es ésta la menor de las tensiones que la condición cristiana de Gide le impone. Lo más atractivo que el cristianismo le ofrece es, precisamente, el consuelo de un mal que no pretende curar. Más bien lo contrario. Por eso seducen a Gide tanto Kierkegaard, que sostiene lo anterior, como Nietzsche, que sostiene lo contrario, y el olímpico Goethe, que da la espalda a las miserias para ser feliz.

El cristianismo gideano es el de las beatitudes y la caridad. El primer deber del cristiano es, para él, ser feliz. Pero la felicidad no es el confort, la comodidad. Es la figura del Cristo triunfante, dichoso, alegre y bienaventurado, un ser sobrenatural que contradice y completa la imagen de Dios como la Gran Naturaleza (cf. su querido Spinoza). Dios ha abandonado a Cristo en la cruz y en esa escena se funda la sabiduría cristiana: acabar con el temor de Dios. Lo que ha ocurrido históricamente con el cristianismo es que ha impuesto una religión del crucificado, religión de la tiniebla y la desgracia como deber cumplido. Las iglesias, en especial la católica, proponen un saber que puede carecer de creencia. El cristiano auténtico, de raíz protestante, por el contrario, cree sin saber.

En esta dicotomía reside el error histórico del cristianismo. No ha conformado un mundo a la imagen de Cristo, como lo hicieron, con otras referencias, el budismo y el islamismo (el Islam de los santones en ese desierto africano que tanto fascinaba a nuestro escritor). En lugar de un mundo, las iglesias han organizado unas sociedades. Por ello, los verdaderos cristianos debieron apartarse del mundo. Los santos se opusieron a las iglesias

y fueron derrotados por la institución. Quizá Gide piense la santidad como la maestría de los primeros tiempos cristianos, más que la escatológica facultad de hacer milagros, que le parecen un absurdo quiebre de la legalidad estatuida por Dios a su creación.

Desde luego, una parte decisiva de este drama corresponde al Mal. Gide, antes de la primera guerra mundial y la crisis religiosa e histórica que suscitó en él, pensaba el Mal como algo puramente negativo, la total ausencia del Bien, el error. Luego advirtió que el Mal era lo contrario, algo activo y real, personificado en el Maligno. Se trataba, entonces, de hacer el Mal, no meramente de dejarle hacer. Con ello se tornó un elemento necesario a la creación, la producción de la vida como evento moral, como elección.

Como todo incrédulo, Gide vivió preocupado por Dios. Su imagen paradigmática del Hombre, en la tradición fuerte del humanismo moderno, es el *Hombre Dios*. Como escritor, Gide advirtió que Dios es el depositario de la verdad, único objeto verdadero del deseo, ser ocupado totalmente por Él mismo, identidad perfecta y definitiva, paz perpetua, serenidad última y primordial. Digo como escritor porque todos estos atributos hacen a la Palabra y no a las meras palabras humanas con las que se hace la literatura. En esta disidencia entre ambas reside la posibilidad de escribir. Si el hombre pudiera identificarse con la Palabra, cesaría de decir.

A veces, su noción de Dios es panteísta (de nuevo Spinoza): la Naturaleza es la manera de existir de Dios, evidente, inmediata y muda, o sea perfectamente elocuente. Otras veces, Dios es una evidencia ontológica: si algo es, Él es. En todo caso, Dios pasa por Cristo, lo divino encarnado en un sujeto histórico, Dios hecho carne y tiempo. Y en ella reside la posibilidad de que exista el Hombre.

En cualquier caso, la existencia de Dios, suprema evidencia, no puede probarse ni razonarse. Es el pascaliano amor irracional y el hombre hecho a su imagen, un ser que está más allá de la naturaleza, o sea más allá de Él mismo, como el propio Dios, en su infinito devenir, se pone siempre más allá de sí mismo. Con todo, como evidencia natural, Dios tiene una presencia sensible y su palabra se reconoce en todo cuanto es bello, como la belleza que excede cuanto de bello pueda tener la palabra humana. Hay motivos estéticos que hacen a la presencia divina. El creyente, como el artista –lo veremos en su lugar– es un niño (Cf *Numquid et tu?*, 1916-1919). Y, como la belleza es plenitud, clásica plenitud, Dios es el «Gran Tapa-Agujeros».

Dios es, en último análisis, el modelo del deseo. Su cebo es el placer, que se satisface pero que, una vez satisfecho, despierta su trasfondo, que es un insaciable desear. Anhelos de lo inevitable, suprema sabiduría que se alcan-